

ACLARACIÓN DEL PADRE JUAN CARLOS CERIANI

Debido a que mis sermones están siendo publicados en otro blog, sin mi nombre y sin hacer referencia de dónde son tomados, me veo en la obligación de aclarar que el único blog al cual envío mis sermones para su publicación es **Radio Cristiandad**, que lo viene haciendo con empeño y esmero desde septiembre de 2009, lo cual agradezco vivamente.

Por supuesto que no puedo más que alegrarme de que mi prédica se difunda y llegue al mayor número de lectores. ¡Enhorabuena! No hay en esto inconveniente alguno.

Pero lo mínimo que puede esperarse de un blog serio y cabal es que, al menos, indique el autor del escrito, aun cuando no quiera mencionar el blog del cual lo obtiene, lo cual indica ya una grave anomalía.

Que quede claro, entonces, que cuando mis sermones sean reproducidos por cualquier otro blog que no sea **Radio Cristiandad**, de aquí han sido obtenidos.

DOMINGO INFRAOCTAVA DEL SAGRADO CORAZÓN

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús los publicanos y pecadores para oírle. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: *Este recibe pecadores, y come con ellos. Y les propuso esta parábola diciendo: ¿Quién de vosotros es el hombre que tiene cien ovejas, y si perdiere una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va a buscar la que se había perdido, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros gozoso. Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja que se había perdido. Os digo, que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos, que no han menester penitencia. O ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si perdiere una dracma, no enciende el candil y barre la casa, y la busca con cuidado hasta hallarla? Y después que la ha hallado, junta las amigas y vecinas, y dice: Dadme el parabién, porque he hallado la dracma que había perdido. Así os digo, que habrá gozo delante de los Ángeles de Dios por un pecador que hace penitencia.*

Estas dos parábolas están tomadas del capítulo XV de San Lucas, el cual trae las tres Parábolas de la Misericordia: la de la Oveja Descarriada, la de la Dracma Perdida y la del Hijo Pródigo.

En las tres Jesucristo ha sabido pintar maravillosamente la inagotable misericordia de su divino Corazón. Resplandece en ellas la infinita misericordia de Dios en buscar y recibir a los pecadores.

Jesús nos muestra, como una característica del Corazón de su Padre, la predilección con que su amor se inclina hacia los más necesitados de su misericordia.

Las tres parábolas, pero especialmente la del Hijo Pródigo, tratan de la conversión: *habrá más gozo en el cielo, delante de los Ángeles de Dios, por un pecador que hiciere penitencia, que por noventa y nueve justos, que no han menester de ella.*

Si para nuestro corazón, tan pobre, es un gozo incomparable ser testigos de la conversión de un familiar o de un amigo que había perdido la fe, ¿qué será esa alegría de los Ángeles, que hallan corta la eternidad para alabar y amar, bendecir y agradecer al Dios de las misericordias?

En la primera parte de la parábola del pródigo describe Jesús la separación de Dios por parte del hombre; en la segunda, la vuelta del pecador a Dios; en la tercera, el recibimiento del pecador por parte del Padre.

La enseñanza de esta parábola es eminentemente íntima e individual, como toda conversión.

+++

La *Conversion* es el fenómeno fundamental de la vida religiosa; porque es reordenarse respecto de Dios.

Todo hombre debe convertirse, no hay más remedio: "nacer de nuevo", como le dijo Jesucristo a Nicodemo.

Convertirse, como el nombre lo dice, significa *darse vuelta del todo*, encaminarse en otra dirección, mudar camino. Pero es un camino interior, una evolución interior.

San Ambrosio comenta sobre el hijo pródigo: *Muy oportunamente se dice que volvió sobre sí, porque se había separado de sí; y el que vuelve a Dios, se vuelve sobre sí mismo, como el que se separa de Jesucristo también se separa de sí.*

San Agustín agrega: *Volvió sobre sí, porque se separó de aquellas cosas que exteriormente agradan y seducen, y volvió su atención a lo interior de su conciencia.*

De golpe uno se da cuenta que va mal..., de golpe ve la nueva ruta..., de golpe ve la verdadera meta..., de golpe el corazón no quiere más porquerías...

La conversión es la reordenación interior respecto del Último Fin.

De golpe..., o despacio... Algunos tardan largos años, mientras que otros se convierten de golpe.

+++

Si bien toda conversión es un asunto individual, personal, distinguimos en ella tres aspectos:

1º. Un elemento genérico, es decir, una base fundamental de leyes y de componentes psicológicos, que constituyen, no la conversión como tal, sino el fenómeno psicológico profundo, y que son comunes a todos los enmendados.

2º. Un elemento específico y determinante, que hace que la conversión sea tal por sobre la existencia concreta en cada caso, y que lo define por sus características, e incluso por sus notas esenciales.

3º. Un aspecto o elemento individual. Es verdadera causa concurrente del fenómeno; causa no determinante pero material; por ejemplo, el hecho del encuentro de un mendigo borracho, que San Agustín nos cuenta; la vista del cual provocó en su corazón la amarga reacción de fastidio y la punzante inquietud de su viejo problema *de vita beata*.

Para el caso del hijo pródigo, comenta **San Juan Crisóstomo**: *Después que sufrió en una tierra extraña el castigo digno de sus faltas, obligado por la necesidad de sus males, esto es, del hambre y la indigencia, conoce que se ha perjudicado a sí mismo, puesto que por su voluntad dejó a su padre por los extranjeros; su casa por el destierro; las riquezas por la miseria; la abundancia por el hambre, lo que expresa diciendo: Pero yo aquí me muero de hambre. Como si dijese: yo, que no soy un extraño, sino hijo de un buen padre y hermano de un hijo obediente; yo, libre y generoso, me veo ahora más miserable que los mercenarios, habiendo caído de la más elevada altura de la primera nobleza, a lo más bajo de la humillación.*

Este hijo descarriado no regresó a la primera felicidad, hasta que, volviendo sobre sí, conoció perfectamente su desgracia y meditó las palabras de arrepentimiento: *Me levantaré*, porque estaba echado; *e iré*, porque estaba lejos; *a mi padre*, porque estaba bajo el dominio del dueño de los puercos.

Después que dijo *Iré a mi padre*, no se detuvo, sino que anduvo todo el camino.

Así debemos hacer nosotros; y no nos asuste lo largo del recorrido; porque si quisieramos, el regreso será ligero y fácil con tal que abandonemos el pecado, que fue el que nos sacó de la casa de nuestro Padre. El Padre es clemente para los que vuelven a Él.

+++

Sobre la conversión religiosa, lo que propiamente se llama conversión, podemos señalar los siguientes puntos:

1º. La conversión a la fe es una adhesión nueva. Los elementos intelectual y voluntario del acto de fe deben encontrarse allí.

2º. La conversión es una adhesión victoriosa.

Psicológicamente parece diferir del acto de fe, en razón de la crisis o del tumulto afectivo.

Ese tumulto afectivo es normal; es una lucha entre dos pendientes del alma; lo cual describe delicadamente San Ignacio de Loyola en las primeras reglas del discernimiento de los espíritus de la primera semana:

"Primera regla: *A las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, el demonio acostumbra ordinariamente a proponerles placeres aparentes, haciéndoles imaginarse deleites y placeres sensuales, para así conservarlas más en sus vicios y pecados y aumentárselos. En estas mismas personas, el espíritu bueno emplea una táctica opuesta, aguijoneándoles y remordiéndoles su conciencia por medio de los reproches de la razón*".

"Segunda regla: *En las personas que intensamente van purgando sus pecados y subiendo de bien en mejor en el servicio de Dios Nuestro Señor, ocurre lo contrario que en la primera regla. Porque entonces es propio del mal espíritu excitar a los escrúpulos y a la tristeza y poner impedimentos, inquietando con falsas razones, para que uno no pase adelante; y es propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando todo y quitando todos los impedimentos para que uno prosiga adelante en el bien obrar*".

En la Séptima regla de la segunda semana vuelve sobre el tema:

"*En los que proceden de bien en mejor, el buen Ángel toca a tal alma dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido e inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra. A los que proceden de mal en peor, dichos espíritus tocan de un modo contrario; y la causa es que la disposición del alma es contraria o semejante a dichos ángeles: cuando es contraria entran con estrépito y conmoción, perceptiblemente; y cuando es semejante, entran en silencio como en casa propia por la puerta abierta*".

3º. La perturbación afectiva no es la conversión. Sin embargo, la acompaña normalmente; mas puede faltar.

El trastorno proviene del conflicto agudo entre las dos pendientes del alma, de la resistencia del *hombre viejo* o la *naturaleza*, contra el *hombre nuevo* o la *gracia*.

4º. La verdadera conversión es imprevisible.

San Pedro y San Pablo se convirtieron, Judas se suicidó... Hay que renunciar, pues, a prever las sorpresas que nos reserva la voluntad de los demás... Y de la voluntad propia sólo sabemos..., lo cambiante que somos...

5º. En el estudio de la conversión es imposible separar la *acción del elemento intelectual*.

La conversión es un movimiento, y todo movimiento se define por su término. El término de una conversión es, en definitiva, la aceptación de un nuevo sistema de valores, y una nueva orientación de toda la vida en función de la verdad religiosa.

La conversión a la fe y a la santidad parten de puntos diferentes, pero llegan al mismo término: la aceptación vivida del ideal moral del Evangelio, en virtud de la aceptación intelectual de la divinidad de Jesucristo.

La conciencia unánime que tienen todos los conversos es la de haber recorrido, a través de un tumulto afectivo o en calma, de golpe o por etapas, un camino intelectual, y haber llegado a una verdad: *creemos lo que no vemos, pero no creeríamos si no viéramos que es necesario creer*, como dice San Agustín.

La palabra del Santo de Hipona es retomada por todos los hijos pródigos, y también por los que en su relato ponen el acento sobre la faz afectiva de su aventura interna, la más dramática y la más impactante.

+++

Todo esto nos indica que la profundidad del fenómeno de la conversión evidencia que no se convierte quien quiere; es decir, no es suficiente querer, de no importa qué manera, para convertirse religiosamente.

Es requerido, pero no es suficiente, *querer creer* para conseguir la fe. De la misma manera, la conversión no es la simple voluntad superficial.

La conversión hecha en nosotros y por nosotros, nos sobrepasa.

Podemos aplicar lo que Santo Tomás dice en la Suma Teológica cuando estudia las causas de la penitencia (lo hace en la Tercera Parte, cuestión 85).

El Santo Doctor dice que de la penitencia podemos hablar en dos sentidos:

Primero, en cuanto que es un hábito, y en este sentido nos es infundido inmediatamente por Dios, *sin nosotros* como operadores principales, pero *no sin nosotros* como operadores, dispositivamente con ciertos actos.

Segundo, podemos hablar de la penitencia refiriéndonos a los **seis actos** con los que nosotros cooperamos con Dios, que actúa en la penitencia.

Y describe esas acciones:

1º) El primer principio de estos actos es la **actuación de Dios**, que convierte nuestro corazón, según las palabras de Lamentaciones 5, 21: *Conviértenos a ti, Señor, y nos convertiremos.*

Por lo tanto, es Dios quien siempre nos llama a la penitencia y a una conversión más profunda; y este llamado es siempre una gracia ofrecida a nosotros por la misericordia de Dios.

¿Qué significa eso de *salir al encuentro* de la parábola, sino que no podíamos llegar hasta Dios sólo por nuestro esfuerzo, por impedírnoslo nuestros pecados? Pero, pudiendo Él llegar a los imposibilitados, baja Él mismo como Padre, y recibe lleno de alegría.

Nos convertimos hacia Dios porque primero Él nos ofrece su gracia. El acto de la conversión siempre tiene un comienzo divino, siempre es Dios quien nos acerca a Él.

Esto queda claro en las parábolas de la Oveja y de la Dracma perdidas... El Pastor y la Mujer que buscan lo perdido hasta recuperarlo...

Y..., sin embargo..., en la del Hijo Pródigo...: *Cuando estaba todavía lejos, su padre lo vio, y se le enterneциeron las entrañas, y corriendo a él, cayó sobre su cuello y lo cubrió de besos...* Así dice la parábola..., y así es la realidad significada por ella...

Jesús revela aquí los más íntimos sentimientos de su divino Padre que, lejos de rechazarnos y mirarnos con rigor a causa de nuestras miserias y pecados, nos sale a buscar cuando estamos todavía lejos.

Notemos que si Adán se escondió después del pecado fue porque no creyó que Dios fuese bastante misericordioso para perdonarlo.

2º) El segundo acto es un **movimiento de fe.**

Este acto de fe es doble: debemos profesar nuestra creencia en que Dios nos redime de nuestros pecados, y debemos negar los ídolos que nos hicimos con el pecado, porque nos comprometimos a regresar a Dios.

Es el ejemplo de Clodoveo, al cual San Remigio exhortó al bautizarlo: *Quema lo que hasta ayer has adorado, y adora lo que hasta ayer has quemado.*

3º) El tercer acto es un **movimiento de temor servil por el que uno se aparta de los pecados por temor al castigo.**

Hay, pues, un movimiento del alma hacia Dios, pero es por temor, no por amor.

Sin embargo, tal movimiento es bueno porque, si bien es producto del temor, nos hace regresar al Señor después de haber vivido en pecado.

El temor *servilmente servil* no es bueno, pues, si no existiera el castigo, no dejaríamos de pecar.

Enseña Santo Tomás en otro lugar que el hombre se convierte a Dios y se une a Él por el mal que teme. Y este tipo de mal es doble, a saber: el mal de pena y el de culpa.

Por lo tanto, si se convierte a Dios y se une a Él solamente por el temor de pena, tenemos el temor servilmente servil; pero si lo hace por el temor de culpa, será el temor filial, pues es propio de los hijos temer la ofensa del padre.

Pero, si se teme por los dos, tenemos el temor inicial, o simplemente servil, el cual está entre los dos anteriores.

4º) El cuarto acto es un **movimiento de esperanza** por el que uno hace propósito de enmienda con la esperanza de obtener el perdón de su pecado.

Este movimiento se relaciona con el movimiento de la fe, pues debemos creer y confiar en lo que Dios dice repetidamente que tendrá misericordia de quienes regresen a Él con un corazón contrito.

Esperamos en el amor eterno y en la misericordia de Dios para que nos ofrezca su perdón aunque no lo merezcamos en absoluto.

Dijimos que si Adán se escondió después del pecado fue porque no creyó que Dios fuese bastante misericordioso para perdonarlo.

Es decir, que el miedo y el disimulo vienen de no confiar en Dios como Padre. Por donde vemos que la desconfianza es mucho peor que el pecado mismo, pues a éste lo perdona Dios fácilmente, en tanto que aquélla impide el perdón y, al quitarnos la esperanza de conseguirlo, nos aparta de la contrición, arrastrándonos a nuevos pecados, hasta el sumo e irremediable pecado de la desesperación, que es el característico de Caín, de Judas y del mismo Satanás.

Santa Teresita escribió: *Lo que ofende a Jesús, lo que hiere su Corazón es la falta de confianza...*

¡Qué lástima me da de Dios cuando las almas no tienen confianza en Él! Este es mayor ultraje que se puede hacer a la ternura de un padre.

También la mentira viene de la desconfianza, pues si creyéramos en la bondad de Dios, que nos perdona lisa y llanamente, total y gratuitamente, no recurriríamos a buscar excusas por nuestros pecados, ni nos sería doloroso, sino al contrario, muy grato, declararnos culpables para sentir la incomparable dulzura del perdón.

El que duda de ser perdonado por sus faltas, ofende a Dios mucho más que con esas faltas, porque lo está tratando de falso, ya que ese divino Padre ha prometido mil veces el perdón.

5º) El quinto acto es un **movimiento de caridad** por el que uno detesta el pecado en sí mismo, y no ya por el miedo al castigo.

He pecado; ésta es la primera confesión que se hace ante el Autor de la naturaleza y de la Gracia, Padre de misericordia y Árbitro de nuestras culpas.

A esta altura, al hombre le repugna la idea del pecado, y por eso vuelve a Dios arrepentido. Todavía no es la manera perfecta, porque aún no comprende totalmente el amor perfecto de Dios. Sin embargo, ha avanzado lo suficiente en la vida espiritual, confiesa sus pecados sabiendo que están mal, sin temor al castigo que puedan ocasionarle. Confiesa sus pecados porque sabe que ofenden a Dios, a quien ama profundamente, y que a su vez lo ama infinitamente.

Aun cuando Dios todo lo sabe, sin embargo espera oír nuestra confesión; porque la confesión vocal hace la salud, puesto que alivia del peso del error a todo aquel que se carga a sí mismo, y evita la vergüenza de la acusación en el que la previene confesando su pecado.

6º) El sexto acto es un **movimiento de temor filial** por el que uno ofrece a Dios voluntariamente su enmienda por reverencia hacia Él.

Este principio no es como el tercero. Este hombre se mueve por *temor filial*, es decir, que ama a Dios y está arrepentido de haberlo ofendido, por ser Dios Quien es.

A esta altura, el hombre ve la deuda infinita que provocó su pecado; y ya no se arrepiente por temor, sino porque ama a Dios que le ofreció el perdón.

Santa Teresita también dijo: *Desde que se me ha concedido comprender el amor del Corazón de Jesús, confieso que él ha desterrado todo temor de mi corazón. El recuerdo de mis faltas me humilla y me lleva a no apoyarme nunca en mi propia fuerza, que no es más que debilidad; pero sobre todo, ese recuerdo me habla de misericordia y de amor. Cuando uno arroja sus faltas, con una confianza enteramente filial, en la hoguera devoradora del Amor, ¿cómo no van a ser consumidas para siempre?*

La penitencia es tristeza por nuestros pecados; nos arrepentimos del mal que cometimos y resolvemos no volver a cometer los mismos pecados...

Pero..., cuando nos entristecen nuestros pecados, en realidad debiéramos estar tristes por haber ofendido a Dios que es Amor, que nos amó tanto, y que sufrió y murió por nosotros en la Cruz...

+++

Concluyamos con algunas consideraciones de Georges Chevrot:

De hecho, el hijo pródigo no entiende nada. ¿En qué estará pensando su padre para tratarlo de esa manera?...

El pecado es una sublevación y una injuria; ¿puede Dios tolerar que los derechos de su justicia no sean reconocidos?

Pero el pecado no es solamente el mal, es también nuestra desgracia, nuestra mayor desgracia. Y precisamente por eso, el pecado, que es un ultraje para la santidad de Dios, commueve al mismo tiempo su misericordia: *conmovido*, dice la parábola.

El pecado nos aparta de Dios; el arrepentimiento atrae a Dios hacia el pecador. Ese pecador que regresa es su hijo, que estaba perdido y ha sido encontrado, al que se creía muerto y ha resucitado, ivive!

Así es que el hijo no comprende nada. Esperaba que le cederían un pequeño rincón en la casa que él había deshonrado; confiaba en obtener un pedazo de pan... y van a matar para él el ternero cebado...

Es que pensaba en él. No pensaba en que iba a hacer la felicidad de su padre y de toda la casa.

¡Pecadores!, tan excesivamente preocupados por nosotros mismos y por nuestra salvación... ¿pensamos que al convertirnos hacemos la alegría de Dios y de toda la Iglesia?

Esa es precisamente la lección de las tres parábolas de la misericordia: alegría en el Cielo, alegría entre los Ángeles, alegría del Padre...

Si Jesús no lo hubiera dicho con tanta claridad, ¿habríamos podido imaginar que antes de que Dios haga nuestra alegría, nosotros podemos hacer la suya... tenemos que hacer la suya? ¿Y que retornando a Él llenamos de alegría el reino de los Cielos?

No sabíamos más que considerar nuestra pena y nuestra felicidad. Jesús nos hace entrever, aunque muy por encima, la pena y la felicidad de Dios.

Solamente entonces, situándonos en la perspectiva que Jesús nos indica, es cómo descubrimos la gravedad del pecado; no cuando medimos nuestra inconsciencia, nuestra perfidia o nuestra vergüenza; no cuando padecemos las consecuencias molestas de nuestras faltas, sino solamente cuando tratamos de medir la alegría que Dios siente al vernos regresar a Él.

Entonces es cuando advertimos realmente la pena que nuestros pecados le han causado...

¡No!, no sabíamos que nuestro pecado era tan grave, no sabíamos que habíamos estado a punto de privar eternamente al Padre de uno de sus hijos. Nos había perdido, habíamos matado en nosotros la vida que Él nos había dado.

Su alegría nos hace descubrir el mal que hemos hecho.

¿Por qué esos cantos, por qué ese banquete, por qué esas danzas? La misma exageración de su regocijo y su inverosímil acogida, nos enseñan su alegría y, al mismo tiempo, el peligro que habíamos corrido: *este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida...*

El hijo pródigo comprende, por fin, de dónde regresa... Y, observémoslo bien, ahora es cuando se ha convertido.

No estaba convertido cuando se moría de hambre, no estaba convertido cuando sufría durante el camino de vuelta. La conversión se ha llevado a cabo en los brazos de su padre.

Dios, que se había precipitado al encuentro de su criatura pecadora, no puede aguantar la alegría... y del pecador va a hacer un hombre nuevo.

Embargado de alegría, el padre sólo piensa en hacer fiesta...

En cuanto al hijo pródigo, si le hubieran consultado, habría preferido una comida más íntima. Pero... su padre está tan tremadamente contento publicando a todo el mundo el regreso del hijo que tanto echaba de menos...

Ahí está la clave de la parábola: el hijo que tanto echaba de menos! Igual que el pastor: la oveja perdida era la oveja centésima, pero era la que echaba de menos; como en la parábola de la mujer que deja caer diez dracmas y no encuentra más que nueve: no piensa en las nueve, piensa en la que le falta.

Si el pródigo arrepentido hubiera propuesto irse a comer a la cocina con los jornaleros, rechazado sentarse junto a su padre a la mesa suntuosamente servida, iqué dolor le habría causado y qué injuria le habría hecho, bajo pretexto de su propia indignidad!

Si hubiera hecho eso, sería su amor propio el que rechazaría el amor de su padre, y entonces no se podría decir que estuviera convertido. Volvería a empezar toda la historia: de nuevo el egoísmo habría triunfado sobre el amor de Dios...

Pero se ha convertido y va a dejarse vencer por el amor de su padre, que no va a volverle a recordar su ingratitud pasada y su conducta indigna; jamás, jamás volverá a hablar de ello.

No tiene más que dejarse amar y no abandonar otra vez a su padre; tiene que regocijarse con su padre para mostrarle hasta qué punto está seguro de su amor, él, el hijo perdido y recuperado, el hijo muerto y recuperado para la vida.

+++

Cualquiera que se convierta, que se purifique de sus culpas y participe del festín del becerro cebado, será causa de alegría para el Padre y sus domésticos; esto es, para los Ángeles y los sacerdotes.

Por eso termina diciendo: *Y todos comenzaron a celebrar el banquete...*, cuya plenitud será en el Cielo...